

diatamente ahondándose en el tiempo, por otra contradictoria: que no acaba de estar cerca nunca; que estamos cerca y lejos, que se nos escapa y que más que presencia, es huella de sí misma; que la vemos como una imagen reflejada en algo, en un medio puro, abstracto, en el medio de la luz íntima y quieta. Y entonces, sentimos la intimidad, sólo entonces sentimos estar no dentro de una ciudad, sino de un mundo, de nuestra propia alma quizá, como si la ciudad fuera una imagen recordada nítida y claramente en el lago en calma de una memoria enamorada.

Por eso es la ciudad del amor. Por eso y no por ninguna de las leyendas que ilustran y empañan su nombre, porque al verla ya la recordamos como sucede en los instantes definitivos de un amor, que por ser vividos en la plenitud del amor son proyectados hacia el futuro, y al verlos desde el futuro, los recordamos, es decir, que al par que los vivimos, que son sentir, son recuerdo, recuerdo que es mirada, visión. Y eso es el amor; sentir y ver en el mismo instante, desafío al tiempo que nos va dando sólo grano a grano sucesivamente el sentir y el saber, la sensación y la imagen, el estremecimiento y su huella. Y sólo el amor en sus más profundos instantes permite al alma unirse a la conciencia y sin dejar de ser conmovida ver ya su huella indeleble en ese medio semiopaco, semitransparente que es la conciencia.

París ha logrado en su cuerpo, en su presencia física sin más, este milagro: ser real y ser imagen en sí mismo, actuar directamente con su vibración vital y ser escribiéndose como huella perdurable, como línea. Lo que es signo también de la belleza cumplida, de esa belleza que por su perfección nos conduce al límite de la vida; donde la vida puede haberse apurado a sí misma, por haber apartado el tiempo sucesivo y haber logrado otro tiempo más cabal y cristalino, nos hace pensar que estamos al borde de entrar en la muerte.

En las actuales circunstancias muchos son los que se dejan llevar por esta impresión, nacida de la rara belleza de la ciudad de París y creen hallarse ante algo abocado a morir, entrado ya quizá en la muerte, a pesar de su inquieta vida. Ese instante que nos aboca a creer muerto lo que vemos o a creernos nosotros mismos abocados a la muerte o ya en ella; de vivir a la vez el presente y el futuro; el presente en el futuro arrastrando también el pasado. Es el amor, es la belleza. Y es también, que la vida actual que llena las calles de París, la multitud marcada en su rostro con el signo de la preocupación desdice de la presencia de la ciudad y la deja como deshabitada. El hombre de hoy no habita a París como debió de hacerlo otras veces y por eso, paradójicamente, deja libre al que en él entra para contemplar la ciudad, deja libre a la ciudad para mostrarse a sí misma. Y aun, como según parece en todo lugar donde se sufre, las piedras mismas, la luz, el aire reflejan el sufrimiento así París, la ciudad, sufre ella misma, y es como la conciencia última de toda la pasión que su recinto alberga. Materialmente recoge y absorbe el sufrimiento humano y lo fija en una especie de conciencia que acentúa la irrealidad de su imagen. Y es así ciudad soñada, pensada, ciudad objeto y término del más humano de los anhelos: verse al fin, ver dibujado su pensar y su gozar en una imagen, en una cifra escrita en

La Habana, 17 de agosto de 1951.

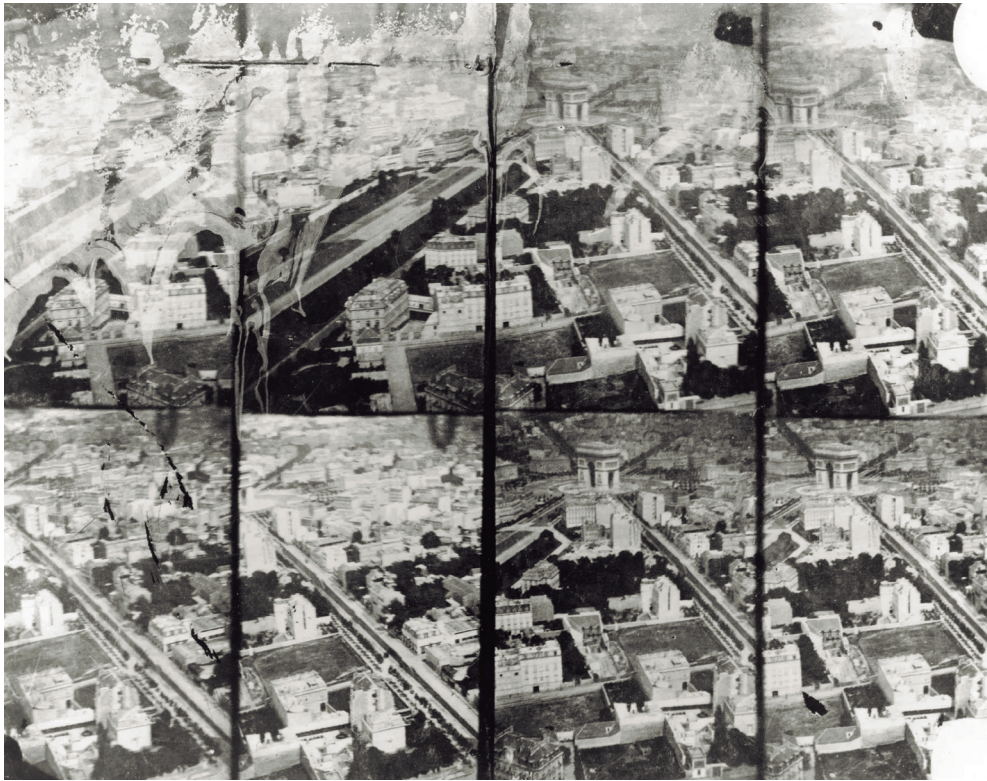
París

Una ciudad es el signo máximo de la cultura. Y no hay gran cultura que no esté simbolizada y dirigida por una gran ciudad. A cada "imperio" histórico corresponde una. Mas, la grandeza suprema de una ciudad es la que no corresponde a ningún Imperio, a ningún poder, sino que resulta de ser el órgano de la cultura misma; el substrato de una civilización. Una ciudad es un poder unificador porque es, ante todo, una unidad viviente que irradia en torno y aun a distancia: es algo particular que se ha hecho universal. Y la unidad viviente es siempre mediadora; conduce, guía, une y unifica. Las ciudades antiguas, anteriores a la formación de la cultura occidental, mediaban entre los poderes celestes y los hombres, como las Caldeas, como las Egipcias, hijas del Sol; gran receptáculo y condensación de ese poder que el hombre ve en el cielo y lo hacían descender y lo fijaban en la tierra. Por eso las ciudades antiguas eran como mapas celestes, réplicas y hasta imágenes del firmamento y del Sol. Y el monarca que en ellas reinaba cuando adquiría conciencia de su dominio "universal" se creía y se pensaba hijo directo del sol o de algún Dios del firmamento, hasta Zeus Olímpico, hasta Júpiter Capitalino. La ciudad era así, un templo. Mas se diferenciaba del templo en que era la casa de los hombres y el templo sólo de los Dioses; la ciudad era el templo abierto que acogía a los hombres y enviaba fuera su resplandor. Era un foco creador y de ellas se guardaba memoria. Ninguna ciudad ha existido sin aspirar, como una persona, a la inmortalidad.

Y así, la ciudad es el órgano insustituible de un Imperio que por ella es representado y simbolizado; es su rostro, su vocación. Mas entre las ciudades antiguas del oriente mediterráneo y las del delta egipcio y la primera de todas, Roma, hubo una extraña ciudad apenas acompañada de poder político. Atenas nunca fue, en verdad, la capital de un Imperio ni nos ha dejado muchos signos de que fuera tal su vocación. Más bien, vivió su historia propia, su independencia, a la defensiva del Imperio Persa y protegida del Egipcio por su gran envoltura: el Mar, apenas nacida de él la más leve tierra diseminada entre las ondas marinas, defendida por ellas en su precaria soberanía. Su ciudad, Atenas, fue la pura ciudad nacida, no el poder político que se impone, sino el de la universalidad de una cultura tan ligada a la luz que apenas tuvo necesidad de tierra. Una ciudad que irradia más aún en la distancia del tiempo que lo lograra en el espacio; en lo cual muestra su calidad netamente humana; ciudad del hombre, entre todas.

Ciudad del hombre, hecha por él bajo una Diosa adolescente, Atenas. Su imagen atraerá siempre aun en forma confusa, a todas las ciudades cuando lleguen a su "mayoría de edad", al punto de hacerse universales. Y así, París entre nosotros, recoge esa imagen, la sugiere, la dibuja a través de todas las inexorables diferencias. Pues es París la extraña ciudad, capital de ningún Imperio. Diríase que siendo imposible en Occidente la completa vivificación del Imperio Romano, y puesto a elegir, el espíritu de Francia, nutre el Imperio y la ciudad —inseparables en Imperio Romano— eligió la ciudad. La ciudad... que creó después su imperio propio, *sui generis*.

Y es quizá, el secreto último de la fascinación ejercida por París universalmente: ser la capital de algo más que de Francia; de un imperio invisible y no construido por el hombre; sin monarca



Gaspard-Félix Tournachon, Nadar, *Vista aérea de París*, 1868.

ni leyes estatuidas, sin más fuerza que la que resida en la atracción de la misma ciudad. París, capital ¿de qué irrealizado e irrealizable Imperio? París envía la atención de los que lo aman o simplemente de los que se dejan deslumbrar por su imagen, a un Reino desconocido, del que él recela el secreto... ¿Qué representa? ¿Qué simboliza? ¿A qué poder está sirviendo?

Pues no parece posible el admitir una ciudad universal como París que no sea la Capital de nada, órgano de ningún Imperio o de una unidad histórica, de una Cultura. Pues varias son notas características de la ciudad de París y cada uno podría destacar una de ellas como la fundamental. Pero una ciudad no es feliz resultado, ni el consorcio de diversas “virtudes” o cualidades; es ante todo, una unidad orgánica, viviente; una continuidad que se sucede renovándose a través del tiempo. Atravesando las épocas. París muestra en sus diversas y cambiantes fisonomías —fidel a la moda— una continuidad de inspiración. Y hasta en su fenómeno de la “moda” se encuentra ese milagro de continuidad, pues sólo aquello que se mantiene igual a sí mismo puede cambiar tanto, puede crear tantas figuras cambiantes. Sin esa unidad, hasta las modas efímeras de París se agotarían.

Esa unidad, la unidad viviente, persistente en la historia y engendrada por ella, no es, no puede ser otra cosa que una vocación. Parece extraño y aun inadmisibles, pues la vocación es lo especificado de la vida más humana: de la vida personal.

Una ciudad participa de la vida personal, y sin esa extraña cosa que es la vocación, anda lejos de ser una cosa, no es ni siquiera una cualidad que se posee: es por el contrario, una pasión; algo que sufre; algo que se parece y se hace al mismo tiempo; algo que jamás se realiza y que presta realidad última a todos los actos de la vida; algo que no está en parte alguna y que es reconocible en todo; desde las acciones más señaladas hasta las más insignificantes actuaciones. Algo que aparece hasta en sueños y quizá en sueños sobre todo, pues lo que llamamos vocación no deja de ser un sueño mantenido; un sueño que exige ser realizado.

Y las cualidades deben, como las personas, lo que se llama su carácter, sus cualidades y sus fallas a esa vocación que conforma hasta el trazado de sus calles, hasta el color de sus edificios y ese timbre especial, ese sonido que cada ciudad tiene. Cada una sería una nota en la escala musical o más bien una melodía inconfundible, una palabra escrita en la luz, una silueta única. Así, París.

A diferencia de otras ciudades de más alta categoría histórica —y no hay más que una en nuestro occidente: Roma— se nos ofrece. No es preciso buscarla, perseguirla cuando a ella llegamos. Está ahí: amplia, abierta, ofreciéndose enteramente; del todo vivible, luminosa, aun en su luz grisácea que va del perla al acero, con su sol de plata a la caída de la tarde, de plata ella también por unos instantes, sumergida y aun traspasada por la luz, dócil a ella. Ciudad dócil a la luz más que ninguna.

Y su docilidad a la luz, la luz se la apaga no ocultándola con su resplandor. La brillantez de la luz y su lucha con las sombras envuelven a otras ciudades en un misterio que puede desaparecer once la hora. París es siempre el mismo. Su misterio no se desvanece, ni se aclara, su relación con la luz diríase que se mantiene a través de todos los cambios de la hora y de las estaciones en una relación equivalente; que la cifra que arroja la inevitable mezcla de luz y de sombra es idéntica a la misma. Está dibujada más que construida; tal es el secreto de su presencia “corporal”. Pues las ciudades como las personas tienen cuerpo modelado por su vocación en esto más afortunadas, más libres que la persona humana que encuentra su cuerpo ya hecho y que a lo más, consigue moldearlo un tanto. La ciudad crea su cuerpo guiada invisiblemente por su vocación. París se ha dibujado más que construido y así la arquitectura en ella es más que nada perspectiva, todo se somete a la visión, a esa jerarquía que necesita la mirada humana. Ha crecido a medida que el ojo humano exigía mayor pureza de línea, mayor nitidez. Porque el fruto de la visión es la línea, la línea del dibujo puro, indiferente al color en la cual el color se pliega a ella tan perfectamente que puede pasar inadvertido porque no tiene existencia propia. Cuando el color sirve a la línea, o no pesa, ni altera la masa, que guardan así, las mismas proporciones.

Y si París tiene “masa” es la precisa para que quede su silueta recortada en el aire, para que se dibuje la luz y se produzca casi como en un grabado, como en un dibujo, la línea. Por eso, es más que ninguna otra ciudad, visible. Pues la línea es lo que se ofrece enteramente a la mirada, sin contender con ella como el color, siempre en lucha, rara vez apaciguado. Esa resistencia a aquella cultura lleva consigo y ese peso de la más feliz arquitectura, en París casi desaparece dejando paso a la libertad de la línea que es musical; pura melodía.

Son sus avenidas, sus mismos árboles, su río. Y como lo hecho de línea, aparece ser intangible, alejarse. Y así la impresión de que París se nos ofrece por entero es corregida inme-